

que son propiedad el uno del Estado y el otro de la corona. Es difícil encontrar un paisaje más bello.

La llegada de Modesta causó cierta sensación en la avenida, donde se vió un coche con la librea de Francia acompañado del caballero mayor, del coronel, de La Briere y de Canalis, todos á caballo, precedidos de un piquero con gran librea y seguidos de diez criados, entre los cuales se distinguían el mulato, el negro y la elegante briska del coronel, destinada á transportar á las dos camareras y los equipajes. El coche de cuatro caballos era arrastrado por unas jacas atigradas enjaezadas con una coquetería ordenada por el caballero mayor, el cual era á veces mejor servido que el rey. Al entrar y ver aquel pequeño Versalles, Modesta, deslumbrada por la magnificencia de los grandes señores, pensó de pronto en su entrevista con las célebres duquesas, temió parecer ordinaria, provinciana ó advenediza, perdió por completo su aplomo y se arrepintió de haber pedido aquella partida de caza.

Quando el coche se hubo detenido, Modesta vió por fortuna á un anciano con peluca rubia y rizada, cuya cara tranquila, llena y lisa, ofrecía una sonrisa paternal y la expresión de una jovialidad monástica.

La duquesa, mujer sumamente devota, hija única de un presidente de audiencia riquísimo muerto en 1800, seca y tiesa, madre de cuatro hijos, se parecía á la señora Latournelle, si la imaginación permite embellecer á la notaria con todas las gracias de una actitud verdaderamente abacial.

—Buenos días, querida Hortensia—dijo la señorita de Herouville abrazando á la duquesa con toda la simpatía que mutuamente se inspiraban aquellos dos caracteres altaneros.—Déjeme que tenga el gusto de presentar, lo mismo á usted que á nuestro querido duque, á este angelito que se llama la señorita de La Bastie.

—Señorita, nos habían hablado tanto de usted, que

sentía verdadera ansia por tenerla á nuestro lado—dijo la duquesa.

—Seguramente que lamentaremos no haberla conocido antes—dijo el duque de Verneuil inclinando la cabeza con galante admiración.

—El señor conde de La Bastie—dijo el caballero mayor tomando al coronel por el brazo y presentándolo al duque y á la duquesa con palabra y gestos respetuosos.

El coronel saludó á la duquesa, y el duque le tendió la mano.

—Sea usted bien venido, señor conde—dijo el señor de Verneuil;—gran tesoro posee usted—añadió mirando á Modesta.

La duquesa tomó á Modesta por el brazo y la condujo á un inmenso salón donde se hallaban agrupadas en torno de la chimenea una docena de mujeres. Los hombres, conducidos por el duque, se pasearon por la terraza, excepto Canalis que fué á saludar respetuosamente á la soberbia Eleonora. La duquesa, sentada ante un bastidor, daba lecciones de bordado á la señorita de Verneuil.

Si Modesta se hubiera atravesado el dedo con una aguja al apoderarse de un acerico, no hubiera sido tan vivamente herida como lo fué por la mirada glacial, altanera y despreciativa que le dirigió la señora de Chaulieu. Al entrar, no vió más que á esta mujer, y, por decirlo así, la adivinó. Para saber hasta dónde llega la crueldad de esos encantadores seres á quienes nuestras pasiones engrandecen tanto, es preciso ver las mujeres entre ellas. Modesta, con su estúpida é involuntaria admiración, hubiera desarmado á otra que no fuese Eleonora; pues si no hubiese sabido su edad hubiera creído ver una mujer de treinta y seis años, pero le estaban reservadas otras sorpresas!

El poeta chocaba entonces con una cólera de gran dama. Una cólera semejante es el más atroz de los esfiges; el rostro es radiante, y lo demás feroz. Los

mismos reyes no saben cómo hacer capitular á la exquisita cortesía de frialdad que una querida oculta entonces bajo una armazón de acero. La deliciosa cabeza de mujer sonríe, y al mismo tiempo el acero muerde: la mano es de acero, el brazo, el cuerpo, todo es de acero. Canalis trataba de agarrarse á aquel acero, pero sus dedos resbalaban en él como sus palabras en el corazón. Y la graciosa cabeza, la frase graciosa, y la actitud graciosa también de la duquesa, disimulaban á todas las miradas el acero de su cólera bajada á veinticinco grados bajo cero. El aspecto de la sublime belleza de Modesta embellecida por el viaje, la vista de aquella joven tan bien compuesta como Diana de Maufrigneuse, habían inflamado la pólvora reunida por la reflexión en la cabeza de Eleonora.

Todas las mujeres habían acudido á una ventana para ver apearse del coche á la solemnidad del día, acompañada de sus tres amantes.

—Finjamos no ser muy curiosas—había dicho la señora de Chaulieu, herida en el corazón por estas palabras de Diana: «¡Es divina! ¿de dónde sale eso?»

Y volvieron á toda prisa al salón, donde cada una recobró su actitud, y donde la duquesa de Chaulieu sintió en el corazón mil víboras que le pedían á la vez su pasto.

La señorita de Herouville dijo en voz baja é intencionadamente á la duquesa de Verneuil:

—Eleonora recibe muy mal á su gran Melchor.

—La duquesa de Maufrigneuse cree que hay frío entre ellos—dijo Laura de Verneuil con candidez.

Esta frase, dicha con tanta frecuencia en el mundo, ¿no es admirable? Se siente en ella el viento del polo.

—Y ¿por qué?—preguntó Modesta á aquella encantadora joven salida del Sagrado Corazón hacía dos meses.

—El gran hombre—respondió la devota duquesa, que hizo señal de que se callase á su hija—no le ha escrito ni una palabra durante quince días, desde su

marcha al Havre, y después de haberle dicho que iba por causa de su salud.

Modesta dejó escapar un movimiento que llamó la atención á Laura, á Elena y á la señorita de Herouville.

—Y durante ese tiempo—decía la devota continuando—ella hacía que lo nombrasen comendador y ministro en Badén.

—¡Oh! ha hecho muy mal Canalis, pues se lo debe todo á ella—dijo la señorita de Herouville.

—¿Por qué no ha venido la señora de Chaulieu al Havre?—preguntó cándidamente Modesta á Elena.

—Hija mía—dijo la duquesa de Verneuil,—se dejaría asesinar sin proferir una palabra. ¡Mírela usted! ¡Qué reina! Su cabeza, colocada sobre el tajo de la guillotina, no dejaría de sonreír como la de María Estuardo, pues nuestra hermosa Eleonora tiene sangre verdaderamente real en sus venas.

—¿No le ha escrito?—repuso Modesta.

—Diana me ha dicho que había dado una sangrienta respuesta á la primera carta que Canalis le ha escrito hace unos diez días próximamente—respondió la duquesa animada en esta confidencia por una mirada de la señorita de Herouville.

Esta explicación hizo enrojecer á Modesta por lo que afectaba á Canalis, y si bien no quiso ponerlo en evidencia, se propuso en cambio vengarse de él empleando una de esas astucias que resultan á veces más crueles que una puñalada.

—¡Don Melchor!—dijo mirando orgullosamente á la duquesa de Chaulieu.

Todas las mujeres levantaron la cabeza y dirigieron sus ojos alternativamente á la duquesa, que hablaba en voz baja con Canalis, y á aquella joven bastante mal educada por turbar á dos amantes en íntimo coloquio, cosa esta que no acostumbra á hacerse en ninguna esfera social. Diana de Maufrigneuse movió la cabeza como queriendo decir: «¡La niña está en su

derecho!» Las doce mujeres acabaron por sonreirse entre sí, pues estaban todas celosas de una mujer de cincuenta y seis años que era aún bastante hermosa para saber conquistar el cariño de un joven. Melchor miró á Modesta con febril impaciencia, mientras que la duquesa bajaba la cabeza como leona molestada en medio de su festín; pero sus ojos, fijos en el bastidor, despedían chispas de rabia.

—¡Don Melchor!--repitió Modesta con voz imperiosa.

—¿Qué hay, señorita?—contestó el poeta.

Obligado á levantarse, permaneció de pie entre la ventana, junto á la cual estaba sentada la duquesa, y el canapé de la señora de Verneuil, próximo á la chimenea, que estaba ocupado por Modesta. ¡Qué terribles reflexiones se hizo este ambicioso cuando recibió la mirada fija de Eleonora! Obedecer á Modesta equivalía á romper definitivamente con su protectora. No escuchar á la joven equivalía á confesar su servilismo y á anular el provecho de sus veinticinco días de trabajos, faltando al mismo tiempo á todas las leyes de la cortesía. Cuanto más grande era la imposición, más imperiosamente lo exigía la duquesa. La belleza y la fortuna de Modesta, puestas en competencia con la influencia y los derechos de Eleonora, originaron esa duda entre el hombre y su honor, duda que es tan terrible como el peligro de un matador en la arena. Un hombre no experimenta nunca palpitaciones tan grandes como las que sufría Canalis en este momento al ver que su ruina ó su fortuna iban á quedar decididas en cinco minutos.

—La señorita de Herouville me ha hecho dejar el coche con tanta precipitación, que me he dejado allí el pañuelo...—dijo Modesta á Canalis.

El poeta hizo un significativo signo de impaciencia, á pesar de lo cual Modesta continuó diciendo:

—Y he dejado envuelta en el pañuelo una cartera que contiene un fragmento de una carta importante. Melchor, tenga usted la bondad de ir á buscarla.

Entre un ángel y un tigre igualmente irritados, Canalis, que se había puesto lívido, no titubeó: el tigre le pareció menos peligroso, é iba ya á decidirse á obedecer, cuando La Briere apareció en la puerta del salón, haciendo el papel del arcángel san Miguel caído del cielo.

—Mira, Ernesto, la señorita de La Bastie te necesita—dijo Canalis apresurándose á tomar asiento al lado de la duquesa.

Ernesto, sin saludar ni ver más que á Modesta, corrió hacia ésta, recibió el encargo con visible dicha, y salió precipitadamente del salón, con beneplácito de todas las mujeres.

—¡Qué oficio para un poeta!--dijo Modesta á Elena señalando el bastidor en que trabajaba rabiosamente la duquesa.

—Si le hablas, si la miras una sola vez, todo ha acabado para siempre entre nosotros—decía en voz baja á Melchor Eleonora, la cual no había quedado satisfecha de la intervención de Ernesto. Y ten entendido que cuando yo no esté presente he de dejar á alguna persona que se encargue de vigilarte.

Y esto diciendo, la duquesa, mujer de mediana estatura, aunque un tanto gruesa como son todas las mujeres de cincuenta años pasados que están aún hermosas, se levantó, y se encaminó hacia el grupo en que se encontraba Diana de Maufrigneuse, mostrando unos piecitos nerviosos y menudos como los de una corza. Bajo la redondez de sus formas, se revelaba la exquisita finura de que están dotadas esa clase de mujeres, finura que proviene del vigor de su sistema nervioso, que vivifica el desarrollo de la carne. No se puede explicar de otro modo su ligero paso dotado de incomparable nobleza. Sólo las mujeres cuya nobleza se pierde en la noche de los tiempos saben, como Eleonora, ser majestuosas, á pesar de su gordura de aldeana. Admirablemente peinada, Eleonora mostraba arrogantemente su cuello de nieve, sus hombros y su

pecho deliciosamente modelados y sus brazos desnudos provistos de hermosísimas manos. Modesta, como todas las antagonistas de la duquesa, reconoció en ella cierta superioridad, pues Eleonora era, en efecto, una de esas grandes damas que tanto escasean en la actualidad en Francia. Querer explicar lo que había de augusto en la manera de llevar la cabeza, de fino y de delicado en tal ó cual sinuosidad del cuello, de digno en la actitud, de armonioso en los movimientos, de noble en la armonía perfecta entre los detalles y el conjunto y en esos artificios que parecen naturales y que hacen á una mujer santa y grande, sería querer analizar lo sublime. Se goza de esta poesía como de la de Paganini, sin explicárselo uno, pues la causa es siempre el alma que se hace invisible. La duquesa inclinó la cabeza para saludar á Elena y á su tía, y después dijo á Diana con voz jovial, pura y sin huella de emoción:

—¿No es hora ya de vestirnos, duquesa?

Y salió acompañada de su nuera y de la señorita de Herouville, las cuales le dieron el brazo. Al marcharse, la duquesa habló en voz baja con la solterona, la cual la estrechó contra su corazón diciéndole:

—¡Es usted encantadora!

Lo cual significaba: «Estoy por completo á su disposición por el gran servicio que acaba usted de prestarme».

La señorita de Herouville volvió al salón para desempeñar su papel de espía, y su primera mirada demostró á Canalis que las últimas palabras de la duquesa no habían sido una vana amenaza. El diplomático en ciernes se consideró con poco talento para tan terrible lucha, y decidióse á colocarse en una situación, si no digna, al menos franca. Cuando Ernesto apareció llevando el pañuelo á Modesta, Canalis le tomó por el brazo y se lo llevó al jardín.

—Querido amigo—le dijo,—soy el hombre, si no el más desgraciado, el más ridículo del mundo. Así es

que acudo á ti para que me saques de este atolladero. Modesta es un demonio, ha visto mis apuros, se ríe de ellos, y acaba de hablarme de dos líneas de una carta de la señora de Chaulieu que yo he cometido la tontería de confiarle. Si se le ocurriese enseñar ese fragmento de carta, no podría ya reconciliarme con Eleonora. Te ruego, pues, que pidas inmediatamente ese papel á Modesta, y dile de mi parte que no tengo, respecto á ella, ninguna mira ni ninguna pretensión. Cuento con su delicadeza y con su probidad de joven y espero que se conducirá conmigo como si no nos hubiésemos visto nunca, y le ruego que no me dirija la palabra y que me mire con rencor, cosa esta que sería favorabilísima á mis intereses... Anda, te espero aquí.

Al entrar en el salón, Ernesto de La Briere vió á un joven oficial de la compañía de los guardias del Havre, al vizconde de Serizy, el cual acababa de llegar de Rosny con el único objeto de anunciar que la SEÑORA se veía obligada á asistir á la apertura de la sesión. Ya se sabe la importancia que tuvo esta solemnidad constitucional, en la que Carlos X pronunció su discurso rodeado de toda su familia. La elección del embajador encargado de expresar el disgusto de la princesa era una atención para Diana, de la cual se decía entonces que era adorada por aquel joven encantador, hijo de un ministro de Estado, y al que esperaba un gran porvenir en su calidad de hijo único y heredero de una inmensa fortuna. La duquesa de Maufrigneuse soportaba las atenciones del vizconde para poner bien de manifiesto la edad de la condesa de Serizy, la cual, según las crónicas femeninas, le había robado el corazón del hermoso Luciano de Rubembré.

—Espero que nos dará usted el gusto de permanecer en Rosembray—dijo la duquesa al joven oficial.

Al mismo tiempo que abría los oídos á la maledicencia, la devota cerraba los ojos ante las ligerezas

de sus huéspedes cuidadosamente aparejados por el duque, pues es imposible saber todo lo que toleran estas excelentes mujeres bajo pretexto de conducir al redil, con su indulgencia, á las ovejas escarriadas.

—No habíamos contado con nuestro gobierno constitucional—dijo el caballero mayor,—y Rosembray, señora duquesa, pierde con esto un gran honor.

—Así estaremos más á nuestras anchas—dijo un anciano seco, de unos setenta y cinco años, vestido de paño azul, y que conservaba su gorra en la cabeza con permiso de las señoras.

Este personaje, que se parecía mucho al duque de Borbón, era nada menos que el príncipe de Cadignán, montero mayor, uno de los últimos grandes nobles franceses. En el momento en que La Briere trataba de pasar por detrás del canapé para pedir un momento de plática á Modesta, un hombre de treinta años, pequeño, gordo y ordinario, entró.

—Mi hijo, el príncipe de Loudón—dijo la duquesa de Verneuil á Modesta, que no pudo retener en su joven fisonomía una expresión de asombro al ver por quién era llevado el nombre que el general de la caballería vendeana había hecho tan célebre por su atrevimiento y por el martirio de su suplicio.

El duque de Verneuil actual, era un tercer hijo llevado por su padre á la emigración, y el único superviviente de cuatro hijos.

—¡Gaspar!—dijo la duquesa llamando á su lado á su hijo.

El joven acudió al lado de su madre, la cual le dijo mostrándole á Modesta:

—Mi amiga, la señorita de La Bastie.

El presunto heredero, cuyo matrimonio con la hija única de Desplein estaba ya arreglado, saludó á la joven, sin parecer, como su padre, maravillado de su belleza. Modesta pudo entonces comparar la juventud de hoy día con la vejez de antaño, pues el viejo príncipe de Cadignán le había dicho ya dos ó tres frases

encantadoras, probándole de este modo que tantos homenajes rendía á la mujer como á los reyes. El duque de Rethoré, hijo mayor de la señora de Chaulieu, que se distinguía por su tono impertinente y grosero, había saludado á Modesta casi militarmente, como el príncipe de Loudón. La razón de este contraste entre los hijos y los padres, proviene sin duda de que los herederos comprenden que no son grandes cosas como sus antepasados. Los padres poseen aún la cortesía inherente á su grandeza desvanecida, como esas cimas doradas aún por el sol cuando todo son tinieblas en sus alrededores.

Por fin, Ernesto pudo decir dos palabras á Modesta, la cual se levantó.

—Hermosa mía—dijo la duquesa creyendo que Modesta iba á vestirse y tirando del cordón de una campanilla,—ahora la conducirán á su habitación.

Ernesto acompañó á Modesta hasta la escalera, transmitiéndole las palabras del infortunado Canalis, y procuró conmovérsela describiéndole las angustias de Melchor.

—Ya ve usted que ama aún. Es un cautivo que creía poder romper su cadena.

—¡Amar ese feroz calculador!—replicó Modesta.

—Señorita, está usted á la entrada de la vida, y aun no conoce usted sus tropiezos. Es preciso perdonar todas sus inconsecuencias á un hombre que se pone bajo el dominio de una mujer de más edad que él, porque dichas inconsecuencias no son obra suya. Piense usted en los muchos sacrificios que Canalis ha hecho por esa divinidad. El pobre ha plantado demasiadas semillas para despreciar la recolección, pues la duquesa representa diez años de cuidados y de dicha. Usted le había hecho olvidar todo á ese poeta, que, por desgracia, tiene más vanidad que orgullo y que no supo lo que perdía hasta que no volvió á ver á la señora de Chaulieu. Si usted conociese á Canalis, le ayudaría. Es un muchacho que está

echando á perder su porvenir. Le llama usted calculador, pero sepa que calcula muy mal, como le ocurre á todos los poetas, que son gentes impresionables, llenas de ilusiones y que son atraídos, como los niños, por todo lo que brilla... Le gustan los caballos y los cuadros, ha apetecido la gloria, y vende sus cuadros para tener armas y muebles del Renacimiento de Luis XV. ¿Comprende usted ahora su carácter?

—Está bien—dijo Modesta.—Venga usted—añadió la joven viendo á su padre, á quien llamó para que le diese el brazo;—voy á entregarle á usted ese fragmento para que se lo dé al gran hombre, asegurándole que accedo completamente á sus deseos, pero con una condición. Quiero que le dé usted mis más expresivas gracias por el placer que he tenido en ver que se representaba para mí sola una de las piezas más hermosas del teatro alemán. Ahora ya sé que la obra maestra de Goethe no es ni *Fausto* ni *El conde de Egmond*...

Y como Ernesto mirase á la maliciosa joven con asombro, ésta repuso:

—Es TORCUATO TASSO. Dígale al señor Canalis que la vuelva á leer—arguyó sonriéndose.—Tengo un gran interés en que repita usted estas mismas palabras á su amigo, las cuales no encierran un epigrama, sino la justificación de su conducta, con la diferencia única de que espero que él será en lo sucesivo muy juicioso gracias á la locura de Eleonora.

La camarera de la duquesa guió á Modesta y á su padre á sus habitaciones, en las que Francisca Cochet había puesto ya todo en orden, y cuyo lujo y elegancia asombraron al coronel, á quien Francisca comunicó que había treinta habitaciones análogas en el palacio.

—Una cosa así sería lo que yo desearía—dijo Modesta.

—El conde de La Bastie te construirá un palacio análogo—respondió el coronel.

—Tenga usted, caballero—dijo Modesta tendiéndole el papel á Ernesto,—y vaya á tranquilizar á nuestro amigo.

Esta palabra *nuestro amigo* llamó la atención del re-frendario, el cual miró á Modesta para saber si había algo de serio en la comunidad de sentimientos que ella parecía aceptar; pero la joven, comprendiendo la interrogación, le dijo:

—Vamos, dese usted prisa, que su amigo le espera.

La Briere se puso excesivamente encarnado y salió en un estado de duda, de ansiedad y de turbación más cruel que la desesperación. Las proximidades de la dicha son, para los verdaderos amantes, comparables á lo que la poesía católica ha llamado la entrada del paraíso, para expresar un lugar tenebroso, difícil y estrecho, donde resuenan los últimos gritos de una suprema angustia.

Una hora después, la ilustre compañía estaba toda reunida en el salón, donde los unos jugaban al wisth, los otros charlaban y las mujeres se ocupaban en labores propias de su sexo esperando la hora de la comida. El montero mayor hizo hablar al señor Miñón de la China, de sus campañas, de los Portenduere, de los Estorade y de los Maucombe, familias provenzales, y le reprochó el que no hubiese solicitado ingresar en el ejército, asegurándole que nada era más fácil que lograr su ingreso como coronel en la guardia real.

—Un hombre de su rango y de su fortuna no puede estar conforme con las opiniones de la oposición actual—dijo el príncipe sonriéndose.

Esta distinguida sociedad no sólo agradó á Modesta, sino que le sirvió para adquirir en ella una perfección de maneras que, sin este trato, le hubiesen faltado toda la vida. Enseñar un reloj á un mecánico por naturaleza, equivale á revelarle la mecánica entera. Asimismo supo Modesta apropiarse todo lo que distinguía á las duquesas de Maufrigneuse y de Chaulieu. Todo fué enseñanza para ella allí donde

una artesana no se hubiera apropiado más que modales que resultarían ridículos. Una joven bien nacida, dispuesta é instruída como Modesta, se puso inmediatamente al unísono con aquellas gentes y descubrió las diferencias que existen entre el mundo aristocrático y el mundo vulgar, entre la nobleza de provincia y el arrabal de Saint-Germain; supo apropiarse detalles casi imperceptibles, y supo apreciar la gracia de la gran dama sin desconfiar de adquirirla. Encontró á su padre y á La Briere infinitamente más elegantes que á Canalis en el seno de aquel Olimpo. El gran poeta, abdicando de su verdadero é incontestable poder, el del talento, pasó á ser un aspirante al puesto de ministro, obligado á halagar á todas aquellas constelaciones, mientras que Ernesto de La Briere, como carecía de ambición, permanecía el de siempre. Melchor adulaba al príncipe de Loudón, al duque de Rethoré, al vizconde de Serizy y al duque de Maufrigneuse, cual el hombre que no puede hablar francamente como lo hacía el coronel Miñón, conde de La Bastie, orgulloso de sus servicios y de la estimación del emperador Napoleón. Modesta observó en él la preocupación continua del hombre de talento que busca el chiste para hacer reír, algún dicho para asombrar, ó algún cumplimiento para halagar á todas aquellas potencias, entre las que Melchor quería mantenerse. En una palabra, que el pavo real quedó desplumado y perdió todos sus atractivos.

En medio de la velada, Modesta fué á sentarse á un rincón del salón con el caballero mayor, al cual había llevado allí para terminar una lucha que no podía ya continuar sin perjudicar á su reputación.

—Señor duque—le dijo Modesta,—si me conoce usted algo, comprenderá perfectamente cuanto le agradezco sus atenciones. Á causa precisamente de la profunda estimación en que le tengo y de la amistad sincera que me inspira un alma como la suya, no

quisiera herir en lo más mínimo su amor propio. Antes de la llegada de usted al Havre, yo amaba ya sincera y profundamente á una persona digna de ser amada y para la que mi cariño es aún un secreto; pero sepa usted (y en esto soy más franca de lo que acostumbra á serlo las jóvenes), que he reconocido en usted tan nobles y hermosas cualidades que, si no existiese ya este compromiso voluntario, hubiese usted sido elegido por mí. Algunas palabras escapadas á su hermana y á su tía me obligan á hablarle de este modo. Si lo cree usted necesario, mañana, antes de partir para la caza, mi madre me llamará á su lado, gracias á una advertencia bajo pretexto de una grave indisposición. Sin su consentimiento de usted, no quiero asistir á una fiesta que ha sido preparada por usted, y en la que mi secreto, si llegase á traslucirse, había de herir sus legítimas pretensiones. ¿Por qué he venido aquí? me preguntará usted. Bien podía no haber aceptado. Es verdad; pero sea usted generoso y perdone mi curiosidad. No es esto únicamente lo que tenía que decirle. Sepa usted, además, que tiene en mi padre y en mí unos verdaderos amigos, y, como la fortuna ha sido el primer móvil de sus pensamientos al dirigirse á mí, sepa también que mi padre se ocupa del asunto de Herouville, que su amigo Dumay lo encuentra factible y que se han dado ya todos los pasos para formar una compañía. Gobenheim, Dumay y mi padre ofrecen un millón quinientos mil francos y esperan reunir el resto, gracias á la confianza que han de inspirar á los capitalistas cuando éstos vean que toman el asunto en serio. Si no tengo el honor de ser duquesa de Herouville, tengo casi la seguridad de ponerle en disposición de poder escogerla algún día con completa libertad entre el número de las jóvenes que figuran en la elevada esfera á que usted pertenece... ¡Ah! déjeme acabar...—dijo la joven al ver que el duque intentaba hablar.

—Por la emoción de mi hermano—decía la señorita

de Herouville á su sobrina,—es fácil adivinar que tienes ya una hermana...

—...Señor duque, esto fué decidido por mí el día de nuestro primer paseo á caballo, al oírle á usted deplorar su situación. Esto es lo que tenía que revelarle. Aquel día quedó fijada mi suerte. Si no conquistó usted una mujer, no olvide que encontró amigos en Ingouville, si es que usted se digna aceptar esta amistad.

Este pequeño discurso, meditado por Modesta, fué dicho con tal encanto, que las lágrimas acudieron á los ojos del caballero mayor, el cual cogió una mano de Modesta y la besó agradecido.

—Quédese usted aquí para asistir á la cacería—respondió el duque de Herouville,—pues mi escaso mérito me tiene acostumbrado ya á estas negativas; pero aunque acepte su amistad y la del coronel, deje que me asegure, consultando á hombres competentes, de que el negocio de Herouville no ha de hacer correr riesgos y ha de procurar beneficios á la compañía de que usted me habla, antes de aceptar el favor de los amigos de usted. Es usted una joven noble, y aunque sea doloroso tener que contentarse con ser únicamente su amigo, no dude que me honraré siempre con este título, y así se lo probaré en todo tiempo y lugar.

—De cualquier modo, señor duque, guarde usted secreto sobre esto, pues tengo intención de no descubrirlo hasta después de la completa curación de mi madre. Quiero que mi futuro y yo seamos bendecidos por sus primeras miradas.

—Señoras—dijo el príncipe de Cadignán en el momento en que todo el mundo se disponía á retirarse.—tengo entendido que algunas de ustedes desean venir á cazar mañana con nosotros, y creo de mi deber advertirles que si ustedes quieren hacer las Dianas, tendrán que levantarse como Diana, es decir, al rayar el alba. La cita es á las ocho y media. En el transcurso de mi vida he visto que las mujeres dan á

veces más pruebas de valor que los hombres, si bien durante algunos instantes únicamente, y como les será á ustedes precisa una cierta dosis de deseo y voluntad para permanecer durante todo el día á caballo, excepto el momento del alto que se hará para almorzar, les pregunto: ¿Se comprometen ustedes á mostrarse amazonas consumadas?

—Príncipe, yo, por mi parte, estoy obligada á ello—respondió Modesta.

—Yo respondo de mí—dijo la duquesa de Chaulieu.

—Yo conozco á mi hija Diana y sé que es digna del nombre que lleva—replicó el príncipe.—Así es que heos ya á todas empeñadas. Sin embargo, por la señora y por la señorita de Verneuil y por las personas que queden aquí, yo haré de modo que podamos conducir al ciervo al extremo del estanque.

—Tranquílícense ustedes, señoras, el almuerzo, en lugar de ser de pie, tendrá lugar bajo una magnífica tienda—dijo el príncipe de Loudón cuando el montero mayor hubo dejado el salón.

Al día siguiente, al rayar el alba, todo presagiaba una bella jornada. El cielo, velado por un ligero vapor gris, dejaba ver á intervalos su azul puro, y habíase despejado completamente por una brisa del noroeste que empezaba ya á alejar algunas nubes. Al dejar el palacio, el montero mayor, el príncipe de Loudón y el duque de Rethoré, que no llevaban consigo damas á quienes proteger, vieron, al partir delante de todos para la cita, las chimeneas del palacio y sus masas blancas dibujándose en el follaje rojo-negro que los árboles conservan en Normandía al final del otoño.

—Estas damas tienen suerte—dijo al príncipe el duque de Rethoré.

—¡Oh! á pesar de sus fanfarronadas de ayer, creo que nos dejarán cazar solos—respondió el montero mayor.

—Sí, lo mismo creo yo, si no tuvieran todas su pretendiente—replicó el duque.

En este momento, estos cazadores determinados, pues el príncipe de Loudón y el duque de Rethoré son de la raza de los Nemrod y pasan por ser los primeros tiradores del arrabal Saint-Germain, oyeron el ruido de un altercado y se trasladaron al galope hacia la encrucijada señalada como punto de cita y situada en una de las entradas de los bosques de Rosembray. He aquí cuál era la causa del altercado: El príncipe de Loudón, atacado de anglomanía, había puesto á la disposición del montero mayor una servidumbre completamente británica. Ahora bien, á un lado de la encrucijada fué á colocarse un joven inglés de pequeña estatura, rubio, pálido, de aire insolente y flemático, que chapurreaba el francés, y cuyo traje ofrecía esa limpieza que distingue á todos los ingleses, aun á los de estas últimas clases. John Barry llevaba una levita corta ajustada al talle, de paño color escarlata con botones de plata, en los que se veían las armas de los Verneuil, unos calzones blancos de piel, medias botas, un chaleco rayado y un cuello y una capucha de terciopelo negro. Llevaba en la mano un latiguillo de caza, y en el lado izquierdo, suspendido de un cordón de seda, un cuerno de cobre. Este primer piquero venía acompañado de dos grandes galgos de pura raza, de cabeza pequeña y diminutas orejas, y era uno de los más célebres del condado de donde el príncipe le había hecho venir pagándole enormemente, é iba mandando un equipaje de quince caballos y de sesenta perros de raza inglesa que costaban una enormidad al duque de Verneuil, el cual, aunque era poco aficionado á la caza, quería dar á su hijo este gusto esencialmente real. Los subordinados, hombres y caballos, se mantenían á cierta distancia en perfecto silencio.

Al llegar al punto de cita, John vió que se le anticipaban tres piqueros que iban á la cabeza de dos jaurías reales llegadas en coche, los cuales piqueros, que eran los tres mejores del príncipe de Cadignán,

formaban un perfecto contraste por sus caracteres y por sus trajes franceses con el representante de la soberbia Albión. Estos favoritos del príncipe, todos provistos de sus sombreros bordados de tres picos, bajo los cuales se veían unos rostros curtidos, tostados, arrugados y como iluminados por brillantes ojos, eran sumamente delgados, secos y nerviosos como gentes devoradas por la pasión de la caza. Provistos todos de esas grandes trompetas á la Dampierre, contenían á sus perros con la voz y con la mirada. Estas dignas bestias formaban una reunión de súbditos más fieles que aquellos á quienes se dirigía á la sazón el rey, y todas salpicadas de blanco, de gris y de negro, tenían su fisonomía propia como cada uno de los soldados de Napoleón, iluminando el menor ruido sus pupilas con un fuego que las hacía parecer diamantes. El uno, venido del Poitú, estrecho y largo, provisto de grandes orejas; el otro, venido de Inglaterra, blanco, agalgado, de poco vientre, de pequeñas orejas y dispuesto para la carrera; los perros jóvenes, impacientes y dispuestos á ladrar, mientras que los viejos, llenos de cicatrices, tendidos en el suelo, tranquilos y con la cabeza entre sus dos patas delanteras, aplicaban el oído á tierra como si fuesen salvajes.

Al ver venir á los ingleses, los perros y los criados del rey se miraron preguntándose á sí sin decir palabra:

—¡Cómo! ¿no cazaremos solos?

Después de haber empezado bromeando, se entabló una disputa entre el señor Santiago La Roulie, antiguo jefe de los piqueros franceses, y John Barry, el joven insular.

Los dos príncipes adivinaron de lejos la causa de este altercado, y, poniéndose al galope, el montero mayor hizo que se acabase todo diciendo con voz imperativa:

—¿Quién ha ojeado el bosque?

—Yo, monseñor—dijo el inglés.

—Está bien—dijo el príncipe de Cadignán escuchando el relato de John Barry.

Hombres y perros, todo el mundo se mostró respetuoso con el montero mayor, como si todo el mundo conociese su dignidad suprema. El príncipe dió las órdenes oportunas, pues se obra en la caza como en el campo de batalla, y el montero mayor de Carlos X fué el Napoleón de los bosques. Gracias al admirable orden introducido en la partida de caza por el montero mayor, éste podía cuidarse exclusivamente de la estrategia, supo asignar su plaza al equipaje del príncipe de Loudón para aquella partida, reservándole, cual si fuese un cuerpo de caballería, para encaminar el ciervo hacia el estanque. De este modo, el montero mayor supo halagar el amor propio de sus antiguos servidores, confiándoles la labor más ruda, y el de los ingleses, á quienes empleaba también en su especialidad, dándoles ocasión de probar el poder de las piernas de sus perros y de sus caballos. Los dos sistemas debían trabajar así en competencia y hacer maravillas á porfía.

—¿Nos ordena monseñor que esperemos aún?—dijo respetuosamente La Roulie.

—Ya te entiendo, veterano—replicó el príncipe,—es tarde, pero...

—Ya están aquí las damas, pues Júpiter siente olores *fetiches*—dijo el segundo piquero observando la manera de olfatear de su perro favorito.

—¿*Fetiches*?—observó el príncipe de Loudón sonriéndose.

—Querrá decir fétidos—arguyó el duque de Rethoré.

—Eso mismo, pues todo lo que no huele á pureza infecta, según dice el señor Laravine.

En efecto, los tres señores vieron de lejos un escuadrón compuesto de diez y seis caballos, á la cabeza de los cuales brillaban los velos verdes de cuatro damas. Modesta, acompañada de su padre, del caballero mayor y del pequeño La Briere, iba delante al lado de

la duquesa de Maufrigneuse, á quien acompañaba el vizconde de Serizy. Después venía la duquesa de Chaulieu, y á su lado Canalis, á quien aquella sonreía sin huellas de rencor. Al llegar á la encrucijada, donde estos cazadores vestidos de encarnado, provistos de sus cuernos de caza y rodeados de perros y de piqueros formaron un espectáculo digno de los pinceles de Van der Meulen, la duquesa de Chaulieu, que se sostenía admirablemente á caballo á pesar de su gordura, se aproximó á Modesta y creyó oportuno mostrarse ofendida con aquella joven á la que no había dirigido la palabra la víspera.

En el momento en que el montero mayor hizo los honores con una puntualidad fabulosa, Eleonora se dignó fijarse en el puño del látigo que brillaba en la mano de Modesta, y se lo pidió graciosamente para verlo.

—Es lo más hermoso que he visto en este género—dijo mostrándose á Diana de Maufrigneuse,—pero, por otra parte, hay que confesar que está en perfecta armonía con la dueña,—repuso devolviéndoselo á Modesta.

—Señora duquesa, confiese usted—repuso la señora de La Bastie dirigiendo á La Briere una tierna y maliciosa mirada en la que el amante podía leer una confesión,—que el regalo es bien original para provenir de las manos de un futuro.

—Yo lo consideraría como una declaración de mis derechos en recuerdo de Luis XIV—dijo la señora de Maufrigneuse.

La Briere sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, soltó las bridas de su caballo y ya iba á caer, cuando una segunda mirada de Modesta ordenándole que no diese á entender su dicha, le devolvió todas sus fuerzas. Todo el mundo se puso en marcha.

El duque de Herouville dijo en voz baja al joven reftrendario:

—Caballero, espero que hará usted feliz á su mujer,

y si puedo serle útil en algo disponga de mí, pues quisiera poder contribuir á la dicha de dos seres tan encantadores.

Esta gran prueba donde tan grandes intereses de corazón y de fortuna se resolvieron, no ofreció más que un problema al montero mayor, á saber: el de si el ciervo atravesaría el estanque para ir á morir delante del palacio, pues los cazadores de esta fuerza son como esos jugadores de ajedrez que predicen el mate en tal casilla. Este feliz anciano logró lo que deseaba, hizo una magnífica cacería, y las damas dejaron de acudir al tercer día, que fué de lluvia.

Los huéspedes del duque de Verneuil permanecieron cinco días en Rosembray.

El último día la *Gaceta de Francia* contenía el anuncio del nombramiento del señor barón de Canalis para el grado de comendador de la Legión de honor y para el puesto de ministro en Carlsruhe.

Cuando, durante los primeros días del mes de diciembre, la señora condesa de La Bastie, operada por Desplein, pudo por fin ver á Ernesto de La Briere, le estrechó la mano á Modesta y le dijo al oído:

—Yo también lo hubiera escogido.

Á fines del mes de febrero, todos los contratos de adquisiciones fueron firmados por el bueno y excelente Latournelle, mandatario del señor Miñón en Provenza. En esta época, la familia de La Bastie obtuvo del rey el insigne honor de su firma en el contrato del matrimonio y la transmisión del título y de las armas de los La Bastie á Ernesto de La Briere, el cual fué autorizado para llamarse vizconde de La Bastie-La Briere. La tierra de La Bastie, reconstituída con más de cien mil francos de renta, estaba erigida en mayorazgo por cartas patentes que la corte real registró á fines del mes de abril. Los testigos de La Briere fueron Canalis y el ministro á quien el primero había servido de secretario particular por espacio de cinco años. Los de la novia fueron el duque de

Herouville y Desplein, á quien los Miñón quedaron eternamente agradecidos, después de haberle recompensado espléndidamente.

Mas tarde, en el transcurso de esta larga historia de nuestras costumbres, acaso vuelva á encontrarse á los señores de La Briere La-Bastie. Los conocedores podrán observar entonces cuán grato y llevadero es el matrimonio con una mujer instruída é inteligente, pues Modesta que, según su promesa, supo evitar las ridiculeces del pedantismo, es aun el orgullo y la felicidad de su marido, de su familia y de todos los que componían su sociedad.

Paris, marzo-julio de 1844.

FIN

● CUATRO REALES EL TOMO EN RÚSTICA Y SEIS ENCUADERNADO ●

NUEVA BIBLIOTECA

Tamaño 11X18 centímetros

á cuatro reales el tomo en rústica
y seis encuadernado en tela

Gustavo Aimard

Los cazadores de abejas.—Un tomo de 280 páginas.

Corazón de piedra.—Un tomo de 268 páginas.

Las noches mejicanas.—Dos tomos: de 244 páginas el 1.º, y 260 el 2.º

Dante Alighieri

La Divina Comedia.—Traducción del *Conde de Chestre*.—Tres tomos: el 1.º de 379 páginas; el 2.º 287 páginas, y el 3.º 291 páginas.

Honorato de Balzac

El diputado de Arcis.—Un tomo de 342 págs.

El médico rural.—Un tomo de 244 páginas.

El cura de aldea.—Un tomo de 259 páginas.

Los aldeanos.—Un tomo de 316 páginas.

Ursula Mirouet.—Un tomo de 332 páginas.

Los chuanes.—Un tomo de 320 páginas.

Petrilla.—El cura de Tours.—Un tomo de 234 páginas.

Eugenia Grandet.—Un tomo de 259 páginas.

La piel de zapa.—Un tomo de 289 páginas.

La investigación de lo absoluto, seguida de Jesucristo en Flandes.—Melmoth reconciliado.—La obra maestra desconocida.—Un tomo de 272 páginas.

La musa del departamento.—El ilustre Gaudissart.—Un tomo de 304 páginas.

Fisiología del matrimonio.—Un tomo de 320 páginas.

Disgustillos de la vida conyugal.—Un tomo de 231 páginas.

El hijo maldito.—Gambara.—Massimilla Doni.—Un tomo de 264 páginas.

El hogar de un soltero.—Un tomo de 293 págs.

El contrato de matrimonio.—Un debut en la vida.—Un tomo de 282 páginas.

Una hija de Eva.—Memorias de dos jóvenes casadas.—Un tomo.

Luis Tasso, editor.—Barcelona

● CUATRO REALES EL TOMO EN RÚSTICA Y SEIS ENCUADERNADO ●

Honorato de Balzac

El padre Goriot.—Un tomo.
Modesta Miñón.—Un tomo.

Ramón de Campoamor

Poesías completas.—Dos tomos: de 616 páginas el 1.º, y 553 el 2.º

Alejandro Dumas (padre)

Un lance de amor.—Erminia.—Un tomo de 285 páginas.
La bola de nieve.—La nevasca.—Un tomo de 190 páginas.
La Paloma.—Adán el pintor calabrés.—Un tomo de 240 páginas.
La boca del infierno.—Un tomo de 336 páginas.
Dios dispone.—Un tomo de 292 páginas.
Olimpia.—Un tomo de 279 páginas.
Fernanda.—Un tomo de 312 páginas.
Las lobas de Machecul.—Dos tomos: de 292 páginas el 1.º, y 304 el 2.º
Amaury.—Un tomo de 304 páginas.
El capitán Pablo.—Un tomo de 282 páginas.
Catalina Blum.—Un tomo de 316 páginas.
El hijo del presidiario.—Un tomo de 332 páginas.
Paulina.—Pascual Bruno.—Un tomo de 269 páginas.
La mujer del collar de terciopelo.—Un tomo de 293 páginas.
Cecilia de Marsilly.—Un tomo de 342 páginas.
Los tres mosqueteros.—Tres tomos: de 317 páginas el 1.º, 314 el 2.º y 315 el 3.º
Veinte años después.—Tres tomos: de 404 páginas el 1.º, 404 el 2.º y 398 el 3.º
El Vizconde de Bragelona.—Seis tomos: de 342 páginas el 1.º, 310 el 2.º, 316 el 3.º, 328 el 4.º, 320 el 5.º y 312 el 6.º
Una noche en Florencia.—Un tomo de 232 páginas.
Acté.—Un tomo de 277 páginas.
Los hermanos corsos.—Otón el arquero.—Un tomo de 271 páginas.
Sultaneta.—Un tomo de 277 páginas.
El maestro de armas.—Un tomo de 354 págs.

Luis Tasso, editor.-Barcelona

Alejandro Dumas (padre)

Los casamientos del Tío Olifo.—Un tomo de 247 páginas.
El Conde de Montecristo.—Seis tomos: de 315 páginas el 1.º, 343 el 2.º, 333 el 3.º, 327 el 4.º, 309 el 5.º y 301 el 6.º
La mano del muerto.—Un tomo de 421 págs.
Los dramas del mar.—Un tomo de 318 págs.
Elena, una hija del Regente.—Un tomo de 338 páginas.
El camino de Varennes.—Un tomo de 258 páginas.
La princesa Flora.—Un tomo de 232 páginas.
Napoleón.—Un tomo de 267 páginas.
El horóscopo.—Un tomo de 238 páginas.
El tulipán negro.—Un tomo de 253 páginas.
Memorias de un médico.—Cinco tomos: de 311 páginas el 1.º, 315 el 2.º, 325 el 3.º, 327 el 4.º y 341 el 5.º
El collar de la Reina.—Tres tomos: de 305 páginas el 1.º, 300 el 2.º y 325 el 3.º
Angel Pitou.—Dos tomos: de 305 páginas el 1.º y de 306 el 2.º
Recuerdos de Antony.—Un tomo de 316 págs.
Silvandira.—Un tomo de 280 páginas.
El narrador de cuentos.—Un tomo de 271 páginas.
Los Estuardos.—Un tomo de 328 páginas.
La reina Margarita.—Dos tomos: de 315 páginas el 1.º y de 308 el 2.º
El testamento del Sr. Chauvelin.—Un tomo de 224 páginas.
La Condesa de Charny.—Seis tomos.
Los Médicis.—Un tomo.
El caballero de Casarroja.—Dos tomos.
Tres maestros.—Un tomo.

Alejandro Dumas (hijo)

La Dama de las camelias.—Un tomo de 282 páginas, con 10 grabados.
La vida á los veinte años.—Un tomo de 177 páginas.
El doctor Servans.—Un tomo de 260 páginas.
Aventuras de cuatro mujeres y un loro.—Dos tomos: de 240 páginas el 1.º, y 224 el 2.º
Cesarina.—Un tomo de 327 páginas.
La Dama de las perlas.—Un tomo de 358 págs.

Luis Tasso, editor.-Barcelona

J. Michelet

- El amor.—6.^a edición.—Un tomo de 240 págs.
La mujer.—6.^a edición.—Un tomo de 256 págs.
La bruja.—6.^a edición.—Un tomo de 272 págs.
De los jesuitas.—5.^a edición. Un tomo de 148 páginas.
El cura, la mujer y la familia.—4.^a edición.—Un tomo de 176 páginas.
Biblia de la humanidad.—5.^a edición.—Un tomo de 274 páginas.
Leyendas democráticas.—Un tomo de 274 páginas.
El pájaro.—Un tomo de 230 páginas.

Miguel de Cervantes Saavedra

- El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.—Un tomo de 496 páginas, tamaño 12 1/2 × 18 centímetros.

Lesage

- Gil Blas de Santillana.—Un tomo de 384 páginas, tamaño 12 1/2 × 18 centímetros.

Bernardino de Saint-Pierre

- Pablo y Virginia, seguido de La cabaña india.—Un tomo de 298 páginas, con 30 grabados.

Carlos M. Soldevila

- Recién casada.—Un tomo de 137 páginas.

Torcuato Tasso

- La Jerusalén libertada.—Traducción del Conde de Chestre.—Dos tomos: de 324 páginas el 1.^o, y 329 el 2.^o

Luciano García del Real

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

- La noche toledana.—Un tomo de 240 páginas.
El fratricidio de Montiel.—Un tomo de 296 páginas.
El caballo de Aliatar.—Un tomo de 264 págs.
Un guerrillero.—Un tomo de 273 páginas.
El gran Duque de Alba.—Un tomo de 292 páginas.

Luis Tasso, editor.—Barcelona

